

# NEW LEFT REVIEW 146

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO-JUNIO 2024

## ARTÍCULOS

RICHARD BECK La política exterior de Biden 7

## ENTREVISTA

SAHRA WAGENKNECHT La situación de Alemania 37

## ARTÍCULOS

PERRY ANDERSON Innovadores de alto y bajo perfil 59

PIERRE VESPERINI ¿Qué hacer con el pasado? 113

## CRÍTICA

OLIVER EAGLETON El capitalismo de *stakeholders*,  
otra vez 135

LOLA SEATON Buenos errores 146

JOY NEUMEYER Historias de Moscú 161

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

**ts**  
td traficantes de sueños



## CRÍTICA

Jade McGlynn, *Memory Makers, The Politics of the Past in Putin's Russia*, Londres, Bloomsbury, 2023, 248 pp.

Jade McGlynn, *Russia's War*, Cambridge, Polity Press, 2023, 264 pp.

JOY NEUMEYER

## HISTORIAS DE MOSCÚ

La conmoción que ha causado la invasión por parte de Rusia de Ucrania efectuada en febrero de 2022 ha provocado un nuevo reajuste del relato elaborado por el Kremlin sobre su pasado nacional, asunto que constituye uno de los rasgos más destacados de la presentación pública rusa de la guerra. Entre los primeros estudios que se han editado sobre el tema, figuran estos dos de Jade McGlynn, investigadora de War Studies en el King's College de Londres, así como en el Center for Strategic and International Studies y columnista de la prensa conservadora británica (*The Telegraph*, *The Spectator*, *The Times*) y ahora también presente en *The Guardian*. El proyecto de McGlynn consiste en «explicar por qué existe una proporción tan alta de la ciudadanía rusa que apoya la injusta guerra de su gobierno contra Ucrania y que la considera un acto de heroísmo, de desnazificación de Ucrania y no como una serie de atrocidades perpetradas en este país». El primer libro, *Memory Makers*, es un trabajo académico, basado en la tesis doctoral que McGlynn presentó en Oxford y redactado básicamente antes de la invasión. Analiza la construcción de un relato nacional a través del «marco histórico», que emplean los medios de comunicación rusos ante los nuevos acontecimientos: la crisis de 2014 en Ucrania, las sanciones occidentales, la intervención moscovita en Siria. La publicación del segundo, *Russia's War*, destinado a un público más generalista, se aceleró para que coincidiera con el primer aniversario de la invasión. Su objetivo es explorar la visión de la guerra que tiene el pueblo ruso a partir de los constructos de los medios de comunicación que moldean dicha visión.

*Memory Makers* y *Russia's War* se solapan, pero tienen un estilo muy diferente y, curiosamente, difieren también en su argumentación. Ambos libros han sido recibidos con encendidos elogios en la prensa hegemónica. El *Financial Times* ha descrito *Memory Makers* como uno de los «estudios más penetrantes sobre la sociedad y el Estado rusos publicado desde la invasión de Ucrania», que «explora con destreza y autoridad la reconstrucción y la distorsión del pasado ruso por los poderes públicos durante el mandato de Putin». *The Washington Post* ha dicho que *Russia's War* es un libro «potente y perturbador», *The Times* considera que es «una guía inteligente» y *The Times Literary Supplement* lo juzga «urgentemente relevante y muy legible», mientras que alguien que pertenece al alto funcionariado de la OTAN ha dicho que es «soberbio, una lectura imprescindible». Aunque los libros contienen, es verdad, material útil, son en cambio muy desiguales y deben tratarse con más precauciones de las que daría a entender esta entusiasta recepción.

*Memory Makers: The Politics of the Past in Putin's Russia* empieza evocando minuciosamente un desfile militar en la Plaza Roja en conmemoración de la batalla de Moscú de 1941. En la parte superior, pantallas gigantes emiten material de archivo de las filas ceñudas del Ejército Rojo, desfilando frente al estrado sobre el que está Stalin, listos para arrojar a la batalla para combatir el nazismo. Por debajo, desfilando al mismo paso, están las tropas rusas actuales, contempladas por la clase política, cantantes pop y criaturas vestidas con colores chillones, engalanada con los conmemorativos lazos de San Jorge, negros y naranjas. Según la interpretación de McGlynn, esta forma épica de «creación de memoria», centrada en torno al mito clave de la Gran Guerra Patriótica, no es únicamente un espectáculo financiado por el Estado, aunque los «guardianes de la historia» del Kremlin, como Sergei Narishkin, jefe del Servicio de Inteligencia Exterior, y Vladimir Medinsky, el veterano ministro de Cultura de Putin (2012-2020) y su asistente personal, han sido figuras claves en su desarrollo. Para esta versión putinista de la historia rusa, que según McGlynn se ha convertido en un nuevo sentido común que denota la posición de Rusia en el mundo, se han reclutado a estratos más amplios de la población.

Cuando McGlynn vivió en Rusia entre 2011 y 2015, le sorprendía el contraste entre la versión de la BBC de la revuelta del Euromaidán en Ucrania y la de Rossiya 1, el principal canal de televisión ruso, donde las imágenes de la época nazi de Stepan Bandera y de la División de las Waffen SS ucraniana se proyectaban en bucle en la cobertura informativa televisada junto con los acontecimientos actuales. En Moscú McGlynn se topó con frecuentes protestas «antimaidán» y en los quioscos y las iglesias se recogían donativos para las milicias del Donbas. La forma en que se describieron en Rusia los acontecimientos de 2013-2014 en Ucrania proporcionaron el tema del TFM de McGlynn en la Universidad de Birmingham. En *Memory Makers: The Politics*

*of the Past in Putin's Russia* el marco se amplía, analizando el recurso a la historia por parte de los medios de comunicación y de las portavocías gubernamentales entre 2012 y 2021 en los emblemáticos programas informativos de los domingos por la noche, *Vesti Nedeli* y *Voskresnoe Vremya*, en los diarios *Rossiiskaya Gazeta* y *Komsolmolskaya Pravda*, en el semanario *Argumenty y Fakty*, y en diversas webs, entre ellas *Lenta*. Todo ello se complementa con un análisis en profundidad de los documentos políticos oficiales, así como con entrevistas y trabajo de campo llevado a cabo en Moscú y Vorónezh.

Como ya han señalado estudios anteriores (como *Mythmaking in the New Russia*, de Kathleen Smith, 2022; y *Historical Narratives in the Soviet Union and Post-Soviet Russia*, de Thomas Sherlock, 2007, entre otros), el régimen de Yeltsin mostraba más interés en denostar el pasado soviético que en aprovecharse de él. Yeltsin recalificó los festivos soviéticos, eligió un nuevo himno nacional y sustituyó la bandera roja por la bandera tricolor zarista blanca-azul-roja. En la década de 1990 y en los inicios de la década de 2000, la «fabricación de la memoria» postsoviética estaba mucho más desarrollada en Polonia y en las repúblicas bálticas, donde los monumentos soviéticos que celebraban las derrotas nazis se convirtieron en puntos de enfrentamiento, mientras que la Unión Europea publicaba una declaración en 2008 que igualaba las ocupaciones soviéticas y nazis. Moscú protestó ofendido, pero no tenía un relato alternativo que ofrecer, más allá del que se había desarrollado bajo el mandato de Brézhnev.

Curiosamente, hasta 2012 no se inicia lo que McGlynn denomina el «reclamo de la historia» por parte del Kremlin. Cuando Putin regresa a la presidencia después del interludio de Medvéded, una economía desfalleciente y las protestas por el fraude electoral y la corrupción hacen que sea necesaria una nueva estrategia de legitimización. Este «giro conservador» también respondía al bombardeo de Libia por parte de la OTAN y al derrocamiento de Gadafi. *Memory Makers: The Politics of the Past in Putin's Russia* enumera una serie de declaraciones políticas, proyectos y decretos posteriores a 2012, que atañían a la historia nacional: creación de sociedades históricas, encargos de nuevos libros de texto, reconstrucciones de batallas, ferias conmemorativas y exposiciones itinerantes. En 2020 se modificó la Constitución para «proteger la memoria» de la Gran Guerra Patriótica: se prohibió difundir informaciones falsas sobre las actividades soviéticas durante la Guerra, que mancillaran la imagen oficial del heroísmo ruso, así como la rehabilitación del nazismo. Las leyes se aplicaron selectivamente, incluso contra Alexei Navalny, aunque McGlynn informa de que en 2016 un estudiante de Perm fue acusado de escribir que la Unión Soviética había tenido algún tipo de responsabilidad por la guerra, puesto que había invadido Polonia bajo el pacto Molotov-Ribbentrop.

Sin embargo, en su mayor parte, no se trató de una imposición coercitiva, sino de un proyecto inclusivo y participativo, que respondía a lo que McGlynn describe como «un auténtico apetito público por una historia más patriótica», después del caos de la etapa de Yeltsin. La creación de memoria del putinismo colocó a la etnia rusa en el centro del relato, pero no excluía a otras, convirtiéndose en una estrategia eficaz para unir a una población étnica y confesionalmente diversa. El planteamiento del proyecto fue ecléctico, y procedió a recombinar libremente el imaginario soviético e imperial para celebrar los grandes éxitos del pasado, por encima de todo la Gran Guerra Patriótica, «la columna vertebral del reclamo histórico del Kremlin», en opinión de McGlynn, pero también al príncipe Vladimir y la cristianización de la Rus de Kiev, las victorias de Nevski sobre las invasiones alemanas y suecas, los triunfos de Pedro el Grande y Catalina la Grande, el estatus de superpotencia de la Unión Soviética, el lanzamiento del Sputnik y la «edad de oro» cuajada de prosperidad y estabilidad durante el gobierno de Brézhnev.

Sin embargo, los recuerdos de la represión no se negaron por completo. En 2017, por ejemplo, Putin inauguró el Muro del Dolor en honor a las víctimas de la persecución soviética. La clausura del Memorial en 2021 no fue una prohibición de todo debate sobre el tema, solo de las versiones «inutilizables». De hecho, los acontecimientos trágicos y traumáticos a menudo se invocaban como advertencias: la Época Turbulenta del siglo XVII, las revoluciones de febrero y octubre de 1917, la política de las nacionalidades de Lenin, la caída de la Unión Soviética y el caos y el auge de la criminalidad de la década de 1990 eran pruebas de lo que podía ocurrir cuando se debilitaba el Estado ruso o cuando se le imponían ideas extranjeras. Lo que sí era una constante, defiende McGlynn, eran los tres temas fundacionales: un Estado fuerte, un único camino para el desarrollo y la misión propia de una gran potencia, los «pilares centrales» del proyecto nacional ruso.

Los análisis de los medios de comunicación efectuados por McGlynn detallan los cambios registrados en los relatos históricos que ha empleado Moscú para interpretar la crisis en Ucrania a medida que esta se desarrollaba. Algunos de estos cambios nos son familiares. Entre el derrocamiento de Yanukovich en febrero de 2014 y la elección del gobierno presidido por Poroshenko ese mismo mes de mayo, McGlynn contabiliza más de tres mil quinientas comparaciones –o combinaciones– de las manifestaciones ucranianas con la extrema derecha de la época nazi y de las milicias del Donbas con la defensa soviética durante la Gran Guerra Patriótica. Al centrarse casi en exclusiva en la presencia de la extrema derecha en el Maidán, los medios de comunicación rusos sistemáticamente vincularon a Svoboda y al Sector Derecha con Stepán Bandera, mientras el Ministerio de Exteriores publicaba materiales de archivo sobre las atrocidades de la Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN) en tiempos de guerra. El incendio de Odesa

en mayo de 2014, en el que murieron en torno a cuarenta manifestantes antimaidán, que se habían atrincherado en el interior de un local sindical, se comparó inmediatamente con la masacre de 1943 perpetrada en la aldea bielorrusa de Játin. McGlynn describe con detalle el escándalo que estalló en Moscú, cuando el gobierno transitorio de Kiev prohibió la cinta de San Jorge y procedió a «despojar a la población rusófona de sus derechos», señalando el aumento de la presión popular a favor de la intervención militar. Curiosamente, sin embargo, McGlynn concluye que cuando los acontecimientos parecían sucederse según los designios del Kremlin los medios de comunicación no recurrían de un modo tan prominente al marco histórico.

Para contextualizar las sanciones occidentales impuestas tras la anexión a Rusia de Crimea decidida por Putin, que se incrementaron en julio de 2014 después de que las milicias del Donbas abatieran un avión de las líneas aéreas malayas, al que confundieron con un aparato de las fuerzas armadas ucranianas, se ha invocado un relato diferente. A medida que los precios subían y los supermercados se vaciaban, los medios de comunicación rusos evocaban la crisis económica de la década de 1990 registrada tras la caída de la Unión Soviética, descrita como la culminación de los ataques occidentales contra la soberanía soviética. La prensa y la televisión mencionaban con frecuencia las humillaciones que había impuesto el FMI. El mensaje tranquilizador era, sin embargo, que ahora Rusia era más fuerte y autosuficiente, y que no se doblegaría ante la presión. Putin era retratado como una figura tranquilizadora homologable con Brézhnev, que garantizaba la estabilidad económica del país mediante inversiones sensatas en la industria interior para sustituir así las importaciones.

En 2015 un marco complementario retrató el apoyo militar de Moscú al régimen de Assad en Siria como la intervención de una gran potencia, defendiendo las normas del derecho internacional en la lucha contra el ISIS. Los medios de comunicación recordaban a su público la cumbre aliada de 1945 en Yalta, donde Stalin, Roosevelt y Churchill cartografiaron el orden de la posguerra, como un punto álgido de la cooperación internacional. El relato se consolidaba también con la historia en Ucrania: la gran victoria sobre la Alemania nazi, una victoria tanto moral como militar, había hecho merecedor al país de un papel líder en el escenario internacional. Este marco complementario se construía también sobre el relato de una Rusia fuerte y estable, que concitaba respeto por su capacidad de resistir a las sanciones occidentales, pero que también recurría a Washington para formar así un frente común de las potencias responsables contra la amenaza del terrorismo islamista. En la totalidad de estos casos, el marco histórico proponía una continuidad con determinados aspectos «buenos» de la URSS. El periodo comunista se desideologizaba, en palabras de McGlynn, para resaltar la pretensión de «una justa restauración del orden posterior a Yalta y del estatus soviético como gran potencia».

En *Memory Makers: The Politics of the Past in Putin's Russia* falta, sin embargo, un análisis sistemático de los relatos nacionales rusos situados en un marco comparativo, que exponga sus semejanzas y diferencias con las ideologías estadounidense, británica, francesa o alemana. McGlynn apunta regularmente en esa dirección, como cuando señala en el último capítulo que el fomento de las narraciones histórico-nacionales está «lejos de ser un fenómeno o patología específicamente rusa». Cita la máxima de Fukuyama de que en una era posideológica la lucha por el futuro ha sido sustituida por una batalla por redefinir el pasado y ofrece algunos ejemplos periodísticos de ello, como la utilización de la Batalla de Gran Bretaña por parte del discurso a favor del Brexit. Pero no hace ningún amago de profundizar en estas prescripciones. Tampoco encontramos ninguna apreciación de los problemas teóricos, que implican los conceptos de «creación de memoria» colectiva, tal y como los analizan Maurice Halbwachs, Marc Bloch y Pierre Nora, o de lo que Edgar Wolfrum llamaba *Geschichtspolitik* [política de la historia]. El resultado es una conceptualización inestable de las relaciones existentes entre propaganda e ideología, entre Estado y nación, entre medios de comunicación y creencias populares. Y así pues, cada una de estas puede hiperbolizarse, conduciendo a propuestas tan absurdas como la afirmación de McGlynn de que la invasión de Ucrania fue «el único resultado posible de la preocupación rusa por controlar el pasado».

*Russia's War* transita por terrenos comunes a *Memory Makers: The Politics of the Past in Putin's Russia* –en algunos momentos, literalmente, con las mismas frases– pero invierte el argumento. En lugar de afirmar que la historia de la población rusa está siendo controlada, la culpa de la guerra se imputa ahora a esta por su «concepción enfermiza de la identidad rusa». Putin «no moldea las opiniones rusas sobre la política exterior o sobre Ucrania, sino que en realidad las articula», es el «síntoma y no la causa». Quienes analizaban estas problemáticas desde Occidente puede que hayan sido engañados por sus colegas liberales en Moscú y Petersburgo, que afirman no conocer a nadie a favor de la guerra, pero constituyen únicamente un grupúsculo no representativo. Para la mayoría de la población, el resentimiento y el trauma histórico se ha trocado en una fuerza ineluctable, que «no deja espacio para la esperanza, sino solo para la venganza». La «resistencia –escribe McGlynn– es inútil». Como prueba de esto, *Russia's War* cita el 80 por 100 de aprobación de la gestión de Putin, invocando los «experimentos de lista» que llevó a cabo el equipo de investigación de Timothy Frye para demostrar que la popularidad de Putin era real.

La investigación de McGlynn para este segundo libro incluye sesenta entrevistas con personas rusas, incluyendo intelectuales del régimen como Dimitri Trenin, Fedor Lukiánov y un anónimo funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, que ha llevado a cabo bien de manera virtual o por email;

a ello se añade un análisis de datos estadísticos procedentes de la red social de mensajería Telegram. El resultado es una extraña mezcla de frío análisis (por parte de las voces intelectuales) y de titulares de tabloides (publicados en Telegram) amalgamado por lo que solo puede describirse como una diatriba sin freno de McGlynn contra todo lo que sea ruso. Mientras que el estilo de *Memory Makers: The Politics of the Past in Putin's Russia* era en cierto sentido árido y tosco, con pasajes redactados en un indigesto «tesinando», *Russia's War* es McGlynn en su modo periodista de *The Spectator*, recurriendo a metáforas biológicas, como «enfermedad», en un intento de atraer a un público más amplio. Su análisis de dieciséis canales de Telegram, en el que emplea categorías como «rusofobia» y «choque de civilizaciones», le lleva a concluir que la población está recibiendo una inyección «enormemente emocional» de «cosas que desea creer», siendo el mensaje que la población rusa está formada por «ángeles incomprendidos» y que todos los crímenes de guerra rusos son noticias falsas. La sociedad rusa se caracteriza por una «carencia egoísta de empatía y por la aceptación de la fuerza bruta» en cuyo seno la «apatía» y el «extremismo» funcionan como dos caras de la misma moneda, que se fortalecen recíprocamente y cuyo origen se remite en ambos casos a una deficiente relación con el pasado.

Este material sensacionalista se contradice frontalmente con los complejos análisis de las personas rusas entrevistadas, se esté de acuerdo con ello o no. Trenin, exdirector del Carnegie Moscow Centre, aporta tres razones para explicar el apoyo de la población rusa a la invasión: el fracaso de ocho años de diplomacia a la hora de detener lo que describe como el bombardeo del Donbas por parte de Kiev; la creciente hostilidad de Kiev hacia el empleo de la lengua rusa, primero excluyéndola de las universidades y después de las escuelas; y la percepción de la interferencia estadounidense en Ucrania. Pero, añade Trenin, la propaganda de Putin ha proyectado durante demasiado tiempo una falsa imagen de una Ucrania débil, casi derrotada y no ha hablado mucho sobre la preparación real de su sociedad, de su ideología y de su ejército. Trenin también se muestra crítico con el planteamiento de la guerra por parte del Kremlin: el objetivo de apoderarse de Kiev era infundir pánico a las autoridades, lo cual no funcionó, pero también era atraer al ejército ucraniano y sacarlo del sur y del este, lo que sí consiguió. Lukiánov, editor jefe del periódico *Russia in Global Affairs*, aclara a McGlynn lo que en su opinión quería decir Putin en su artículo de 2021 «Sobre la unidad histórica de los pueblos ruso y ucraniano»: los dos Estados pueden coexistir, pero únicamente si tienen relaciones de amistad. Vincula la opinión recelosa de Rusia sobre la OTAN al ataque de Belgrado en 1999, inmediatamente después de su primera ola de expansión: «el bombardeo de una gran capital europea en tiempos de paz provocó un enorme estupor».



Estas opiniones no consiguen mellar la convicción que exhibe McGlynn de que la población rusa está tan traumatizada por la caída de la URSS que ha canalizado su «atavismo, agravio y agresión» en una fuerza política. Culmina su «viaje» por el «lado más oscuro de la humanidad y de la cultura rusas» de la mano de una evaluación de los defectos de su personalidad. Tristemente, este pueblo «carece simplemente de la fuerza y la autonomía moral como para distanciarse de los relatos nacionales y reafirmar su humanidad». McGlynn se alinea con el diagnóstico de Alexander Etkind, que considera Rusia como «la tierra de los no enterrados», condenada a repetir los traumas violentos que no ha conseguido superar. La única manera de que la población rusa cambie su proceder sería llevar a cabo un «ajuste de cuentas histórico con los perpetradores soviéticos». Mientras tanto, a McGlynn le «obliga la honradez» a afirmar que intentar «entender» Rusia es una pérdida de tiempo.

A estas alturas yo ya había perdido la confianza en la honradez de la autora, la cual había tomado prestado un buen número de frases de un artículo mío de 2022 escrito para la revista australiana *Aeon* sobre el nacionalismo ruso, un artículo que McGlynn no cita. Este es uno de los párrafos, que describe la «masculinidad redentora» que está en juego en las películas postsoviéticas *Brat* [Hermano], una respuesta rusa a *Rambo*:

Neumeyer:

Danila, el protagonista de los éxitos de taquilla *Brat* (1997) y *Brat 2* (2000), es un joven veterano de la guerra de Yeltsin en Chechenia, oriundo de una pobre ciudad de provincias. En una de las primeras escenas, su abuela [...] lo envía a San Petersburgo [...]. Danila se convierte en un justiciero honrado que daña a los malos (especialmente varones procedentes del Cáucaso) y protege a los débiles (pobres hombres y mujeres rusos). En la secuela, Danila viaja a Estados Unidos para rescatar a las víctimas de un malvado emporio dirigido por hombres de negocios estadounidenses compinchados con la mafia ucraniana de Chicago y con los «nuevos rusos» de Moscú [...]. En la escena cumbre, Danila se venga llevando a cabo una matanza indiscriminada en un club nocturno en el barrio ucraniano de la ciudad. La razón moral está claramente de su lado: Danila declara su amor por la patria y repite lemas de la Segunda Guerra Mundial como «los rusos que combaten nunca abandonan a los suyos» [...]. *Brat 2* se estrenó en 2000, el año en que Vladimir Putin accedió a la presidencia.

McGlynn:

Danila es un joven veterano de la guerra de Yeltsin en Chechenia. Procedente de una pobre ciudad de provincias, viaja a Petersburgo donde se convierte en un honrado justiciero que daña a los malos (especialmente varones procedentes del Cáucaso) y protege a los débiles (pobres hombres y mujeres rusos). En la secuela, Danila viaja a Chicago a rescatar a las víctimas de un malvado emporio dirigido por hombres de negocios estadounidenses compinchados con la mafia ucraniana local y los «nuevos rusos» en Moscú. En

la escena cumbre, Danila venga la muerte de sus amigos llevando a cabo una matanza indiscriminada en un club nocturno del barrio ucraniano de la ciudad. La razón moral está claramente de su lado: Danila declara su amor por la patria y repite lemas de la Segunda Guerra Mundial como «los rusos en guerra no abandonan a los suyos». *Brat 2* se estrenó en 2000, el año que Vladimir Putin accedió a la presidencia.

Hacer pasar como propias frases y conceptos de autoría diferente nunca es una práctica aceptable, pero es especialmente desafortunada cuando se trata de una investigación que ha elegido como método el análisis del discurso. Tras la invasión de 2022, McGlynn se convirtió en una destacada comentarista sobre Rusia basándose en su posicionamiento como árbitro moral que desvela la fea verdad. Lamentablemente esta posición parece basarse en un trabajo producido con celeridad que no siempre está a la altura de los criterios habituales de la academia. Por su parte, *Memory Makers: The Politics of the Past in Putin's Russia* es una investigación diligente, con interpretaciones que, en su mayor parte, se basan en las pruebas. Los minuciosos análisis de datos contribuyen a que este libro destaque entre el mar de escritos sobre los empleos que hace el Kremlin del pasado nacional, revelando cómo la intensidad y los motivos del «marco histórico» han variado con el tiempo, dependiendo de los requerimientos oficiales.

Pero mientras que este énfasis discursivo es la principal fortaleza de este libro, también es una importante limitación, porque tapa las voces alternativas y contrapuestas que persistieron durante ese mismo periodo de 2012-2021 que cubre McGlynn. Las opiniones rusas sobre la historia nunca han sido una mera repetición. Incluso cuando el Kremlin empezó a aprobar «leyes de memoria», se siguieron produciendo escritos que evaluaban el pasado de manera pluralista, que se difundieron a través de organizaciones como Memorial, que continuó apoyando iniciativas de educación pública incluso después de su prohibición oficial, así como por editoriales independientes como *Rosspen* y por profesionales de la archivística, la historia, la educación y el periodismo. A partir de 2022, algunas de las instituciones que fomentaron esta investigación histórica multidimensional han tenido que cerrar y buena parte de las mejores figuras rusas de la historiografía han huido al extranjero. Siguen trabajando y publicando, no obstante, en ruso y en otros idiomas. El discurso oficialmente sancionado de un gobierno autoritario nunca debería leerse como el reflejo directo de lo que «realmente piensa» la población. Si leemos *Pravda* y los materiales difundidos por los campamentos de pioneros soviéticos nos formaríamos una imagen de las actitudes públicas; si estudiamos la literatura disidente y la cultura popular, se nos ofrecería otra.

Aunque *Memory Makers: The Politics of the Past in Putin's Russia* es en general prudente en sus afirmaciones, *Russia's War* avanza a calzón quitado. El argumento de McGlynn de que la población rusa empujó a Putin a lanzar

la invasión de 2022 es dudoso a la luz de las encuestas anteriores a la guerra, que señalaban que la mayoría del país no mostraba interés en invadir la parte oriental de Ucrania y, mucho menos, el resto del país. El fervor patriótico posterior a la invasión no puede proyectarse retrospectivamente para convertirlo en la causa de esta, especialmente cuando se tienen en cuenta las medidas represivas mucho más severas impuestas después de que la invasión se produjera. Aunque *Russia's War* apela a la valoración que Frye hacía en 2015 de las tasas de popularidad de Putin, no menciona que este equipo llevó a cabo un estudio posterior en 2020-2021, cuyos resultados, en sus propias palabras, «pintaban un retrato más ambiguo, de forma que cunde una incertidumbre mucho mayor acerca del apoyo real que concita Putin». El congreso del Russian Analytical Digest de febrero de 2023 sobre esta cuestión reveló agudos desacuerdos. Las encuestas del Chronicles Project apuntan a que un tercio de la población rusa «apoya conscientemente» la guerra, pero las opiniones de los dos tercios restantes están menos claras.

A falta de datos fiables que respalden su tesis central acerca de la culpa colectiva de la población rusa, *Russia's War* ofrece perogrulladas psicológicas, al tiempo que recurre frecuentemente al recurso de la proyección y las preguntas retóricas: «¿Por qué resistirse a los consuelos de las mentiras y de los mitos?», se pregunta McGlynn. Su afirmación de que las madres de los soldados se adhieren a la conceptualización de la guerra efectuada por el Kremlin, porque la alternativa sería demasiado dolorosa no se sostiene ante los ejemplos contrarios de las esposas y madres de los varones reclutados, que han organizado protestas en todo el país. Aunque no todas ellas se oponen de entrada a la guerra, sí están unidas en su deseo de que sus seres queridos vuelvan a casa; se calcula que 17.000 soldados rusos murieron en el combate por la toma de la pequeña ciudad de Avdivka en el Donbas, más de los que murieron durante toda la guerra soviética en Afganistán.

La responsabilidad de los «testigos», de quienes no se oponen activamente al conflicto, es sin duda una cuestión compleja, aunque en *Russia's War* no se analiza con ningún grado de profundidad. McGlynn defiende que las poblaciones de Estados Unidos y Gran Bretaña deberían considerarse responsables de la invasión de Iraq, pero que los millones de personas que se manifestaron contra ella no pueden ser tan culpables como Bush y Blair. McGlynn despliega un enfoque de «espectro de aliados» (partidario activo, partidario pasivo, neutralidad, oposición pasiva, oposición activa), que considera a la totalidad de estas categorías, excepto a la oposición radical, como potencialmente manipulables: la oposición pasiva puede neutralizarse, la neutralidad convertirse en apoyo pasivo. El paradigma enfrenta a una minoría heroica, a una oposición convencida y que no se calla y que, a tenor de la actual legislación rusa, se enfrenta a largas penas de cárcel, a un rebaño cobarde. Pero la resistencia al gobierno autoritario puede asumir una serie

muy variada de apariencias cambiantes, desplegando «el poder de la impotencia» (Václav Havel) o las «armas de los débiles» (James Scott). La página web rusa OVD-info, que rastrea las detenciones políticas, incluye a muchas personas que han sido encarceladas por acciones que probablemente no consideraron que fueran protestas abiertas, como colgar un post en las redes sociales o pronunciar frases que alguien escuchó (el alumnado, la feligresía) y denunció ante las autoridades. Se arriesgaron, aunque fuera poco, y pagaron las consecuencias.

*Russia's War*, en lo esencial, resucita el estereotipo del «Homo Sovieticus», postulando que el conjunto de los 144 millones de personas con ciudadanía rusa tiene un déficit de «empatía». Pero las posturas ante la guerra son tanto una cuestión de política como de ética. Tanto Alexei Navalny como el aspirante a candidato presidencial Boris Nadezhdin, al que se le prohibió presentarse, criticaron la guerra, tanto por solidaridad con Ucrania como por la preocupación por las bajas rusas (probablemente mucho más por esta segunda razón). Pero ya se base en la solidaridad o en el altruismo, el resultado para la independencia de Ucrania será el mismo. En 1990 Yeltsin tomó la decisión populista de escaquearse de las denominadas «cargas del imperio», que supuestamente estaban mermando los recursos del pueblo ruso, y anunció que apoyaba la soberanía ucraniana. McGlynn es claramente consciente de este precedente, porque en *Russia's War* ha plagiado una frase mía que escribí sobre este tema en el artículo antes mencionado. Pero el libro esquiva cualquier análisis real de la contingencia histórica a favor de los tópicos fatalistas. Comparto la admiración de McGlynn por la valiente resistencia ucraniana, pero las tácticas sensacionalistas, tanto intelectuales como metodológicas, no son una gran ayuda aquí. La tarea académica es dilucidar, pero *Russia's War* ni siquiera lo intenta. Si en Rusia casi todo el mundo comparte una responsabilidad parecida por la guerra, entonces nadie la tiene.

En la última campaña electoral para su reelección, Putin ofreció un inmenso paquete de gasto social e infraestructuras, incluyendo subsidios a familias, hipotecas subvencionadas y subida del salario mínimo, gastos que dice que se cubrirán mediante una fiscalidad progresiva. Estos movimientos conservan la apariencia de estabilidad económica y contribuyen a garantizar parte de la aquiescencia que identifica McGlynn. Con independencia de lo que piense acerca de la guerra y del resto de las políticas de Putin, la población rusa no tiene, sin embargo, la opción de votar su retirada del gobierno. Aquí merece la pena señalar que la relación de una nación con su pasado no predice necesariamente su trayectoria futura. Se necesita algo más: política. Navalny, con su sistema de voto inteligente y sus coaliciones amplias de base regional entendía esto. Y probablemente por eso le asesinaron. Después de su muerte el pasado febrero en una cárcel del Ártico, muchos miles de

personas dejaron flores en su honor en su tumba o en lugares concretos a lo largo de todo el país. Algunas de estas personas fueron golpeadas y detenidas. No necesitan lecciones morales de analistas extranjeras que no arriesgan nada cuando expresan su propia opinión, en este caso, además, tan absolutamente conformista.